

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37, 12-14): *Pondré mi Espíritu en vosotros y viviréis.*

Salmo (129, 1b-8) *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa»*

2ª lectura (2ª Romanos 8, 8-11): *Jesús dará vida a vuestros cuerpos mortales.*

Evangelio (Juan 11, 1-45): *Yo soy la resurrección y la Vida.*

La vida del hombre incluso la de los amigos de Dios, la de los que le aman y cumplen su Ley, no está exenta de dificultades que pueden sumirle en una condición penosa, humanamente insalvable. En la historia de Israel, el pueblo elegido de Dios, ya se dio esta circunstancia. No sólo un hombre, sino todo el pueblo elegido quedó reducido a un estado tal que el profeta Ezequiel lo compara con un montón de huesos áridos. Babilonia había acabado con el esplendor del reino de David y Salomón, la Alianza y la promesa davídica parecen reducidas a un nostálgico recuerdo.

Solo desde lo hondo, desde lo más profundo de su ser, se atreve el pueblo a esperar que Dios no lleve cuenta de sus delitos, son tantos que solo con temor, con profundo respeto a su Dios, levantan su voz suplicante. El pueblo comprenderá que Dios es quien dice y hace, como en el relato creacional; nada tenía el hombre y ningún derecho a la vida, cuando Dios lo creó. Ahora su comportamiento ha destruido por completo su Alianza con Dios, se ha quedado sin la razón de su existencia, no tiene derecho a exigir la fidelidad de Dios. Pero Dios es libre y fiel a la vez, es independiente del hombre, pero fiel a su elección y, de ahí, de lo más profundo de las tinieblas en que el pueblo se había instalado, lo saca Dios devolviéndoles su aliento, su espíritu vivificador.

El hombre sí depende de Dios y su fidelidad a Él es la razón de su existencia. Un hombre sin el Espíritu de Dios es sólo un hijo del viejo Adán, destinado a la muerte y a un final sin sentido. Sin el Espíritu, el mismo que resucitó a Cristo de entre los muertos, el hombre yace en la tumba de la muerte; su gloria, su razón de ser, es todo lo que le permita su vida caduca, todo lo que le preceda antes de que la muerte acabe definitivamente con él. Pero los cristianos. -ésta es la advertencia que Pablo hace a los habitantes de Roma-, no viven sin el Espíritu, sino que poseen el mismo Espíritu de Dios, que vivifica y transforma la propia vida del cuerpo. Toda la existencia del cristiano cobra este tinte de vitalidad, pues toda ella está orientada a la Vida.

En Betania se pone de manifiesto la gloria de Jesús, Él posee la plenitud del Espíritu, capaz de vivificar los cuerpos muertos. No se trata de una resurrección definitiva; Lázaro vuelve a la vida terrena, a la vida caduca y percedera; pero esta resurrección prefigura la de Jesús: tres días, sepulcro y vendas. En el lenguaje del evangelista Juan, el relato de la resurrección de Lázaro narra con maestría el último de los siete signos que comenzaron en Caná de Galilea. En cierto sentido, Juan ha querido dejarnos claro que Jesús es la resurrección y la vida y que la puede dar a quien Él quiere. Paradójicamente este don de la vida provocará en unos la fe y adhesión a su palabra salvífica y en otros, los que rechazan el poder de Dios, este milagro desencadenará la conjura contra Jesús y la propia sentencia de su muerte. No se puede entender la resurrección de Lázaro igual que la resurrección de Jesús, pero no podemos negar la intención del evangelista Juan que ve en este último signo de Jesús la victoria de la vida sobre la muerte.

Con frecuencia la fe se entiende como una exigencia que frena la vitalidad del creyente y nada más extraño a tal afirmación. La fe es como una ventana abierta a la trascendencia que nos permite asomarnos e incluso participar por medio de la esperanza de toda la bondad de la vida trascendente. Por la fe llegamos incluso a superar el temor a la muerte al creer que Jesús la venció definitivamente resucitando de entre los muertos.

Ese es el mensaje que Juan nos anuncia en el relato de la resurrección de Lázaro. Conviene recordar que el evangelista nos lo presenta como un signo que servirá para la gloria de Dios, para que los que lo ven creen que Jesús es el enviado del Padre para dar vida y vida abundante incluso a los que ya han muerto.

Marta, la hermana de Lázaro, lamenta que Jesús no hubiese estado junto a Lázaro en el momento crítico de su enfermedad, pues así su hermano no habría muerto. Jesús requiere mayor profundidad en la fe de Marta invitándole a creer que su hermano resucitará. Pero ella no se consuela con la esperanza de que resucitará al final de los tiempos. Jesús insiste en esa invitación amorosa que incita a Marta a confiar más y mejor en Él: *«Yo soy la resurrección y la vida»*. Lo único necesario para participar de esa vida es creer en Jesús, vivo o muerto. *«Si Jesús es la resurrección, el que cree en Jesús, aunque haya muerto resucitará; si Jesús es la vida, el que está vivo y cree en Él, no morirá para siempre»*. Jesús está vivo y viene a dar su vida a la humanidad.

En este relato, Jesús avanza transformando todas las dificultades y angustias que hay en torno a la vida: la enfermedad, la tristeza, el entierro, la fe balbuciente e interesada de Marta y María, la amistad quebrantada por el dolor de quienes querían a Lázaro... Para cada una de estas circunstancias Jesús tiene otra visión transformadora, la vive y experimenta en toda su dimensión humana, pero le da otra dimensión, la que Él comparte con su Padre, la vitalidad que trasciende toda circunstancia incluso la misma muerte.

Jesús devuelve la vida a Lázaro como señal inequívoca de su poder sobre la muerte. Por eso el relato es un signo que nos anuncia la resurrección gloriosa de Jesús venciendo definitivamente a la muerte. La fe en Jesús es garantía de vida y nunca un freno de vitalidad.